

Paola Vega en Daniel Abate Galería – septiembre a diciembre de 2013

LA POSIBILIDAD

Uno de los efectos del *blur* en la fotografía y el cine de los años ochenta se lograba con una media de nylon tensada sobre el lente. En la pantalla producía una agradable sensación de ensueño: los colores perdían sus bordes, se entremezclaban y a veces irradiaban un leve erotismo. Los cuadros de Paola Vega, treinta años después, recuperan esos climas suaves, aterciopelados, que recuerda a las casas de muñecas de la infancia.

A la artista la obsesionan la superposición de los colores, el trabajo de las transparencias y el color que se alcanza después de pintar capas sobre capas. En esta serie trabaja únicamente con una paleta de tonos pastel, algodonosos. Para lograr los barridos, crea sus propios pinceles triples –una especie de amorfo de tres cabezas. Estas obras de gran tamaño que, sin embargo, no buscan avasallar con el impacto, y en cambio se abren hacia una sensación tranquilizadora, reconfortante. Son cuadros, en definitiva, vitales. Dejan a la vista el disfrute genuino por la pintura, por la expresividad sin agresión de los colores, por el esfuerzo deportivo y cansador con el pincel.

Su trabajo es parecido al de una iluminadora: compone los colores como luces y al cuadro como un set. El efecto del barrido, que otros pintores han usado de manera más violenta o con pretensiones espirituales, en sus manos produce telas suaves y misteriosas, hospitalarias. El resultado son estas imágenes difusas, siempre a punto de moverse ante los ojos de los que miramos sentados. Es que la mejor forma de encarar sus pinturas es sentarse, aprovechar los bancos dispuestos en la sala y no mirar el reloj. Según Kafka, es a causa de la impaciencia que nos expulsaron del paraíso, y es por la impaciencia que no volvemos a él. Sentarse ante un cuadro de Paola Vega podría ser un antídoto (o tal vez una prueba) contra la inquietud que nos arranca.

Verónica Flom